

1846. Eran las dos de la tarde del 9 de Mayo cuando un cañonazo disparado de las baterías mejicanas sobre una descubierta de los enemigos, que se vió obligada á retroceder inmediatamente, anunció la proximidad del ejército de Taylor. Dos horas despues, esto es, á las cuatro de la tarde, se dejó ver toda la fuerza invasora, avanzando sobre las posiciones que guardaban los mejicanos. El general norte-americano Taylor, sin astucia ni ataque falso alguno, desde sus primeros tiros empezó á cargar la izquierda mejicana situando la artillería sobre este flanco, y batiendo de enfilada toda la posicion: el 4.º de línea, á las órdenes del teniente coronel Calatayud, marchó inmediatamente á reforzar aquel punto, que era la parte más débil de la línea. El 2.º ligero y las compañías del 4.º y del 6.º á las órdenes estas últimas de los capitanes D. José María Moreno y D. José Barragan, que ocupaban la vanguardia, se vieron atacados rudamente á su vez por fuerzas muy superiores. La resistencia fué tenaz en este punto, y la lucha terrible. Los soldados del 2.º ligero así como los de las compañías del 4.º y 6.º, despreciando la muerte, se batian desesperadamente. El capitan Barragan cayó mortalmente herido; su amigo el capitan Moreno se vió rodeado de enemigos y fué hecho prisionero. Los soldados, aunque sin jefes y reducidos á un corto número, combatian aun; pero fatigados y acometidos por nuevas fuerzas, se vieron obligados á retirarse. El 2.º ligero resistia aun; pero viendo caer muertos á muchos de sus oficiales, y herido al teniente coronel Don Mariano Fernandez, perdió la serenidad y se retiró precipitadamente, introduciendo el desconcierto entre los

cuerpos de la derecha. Entretanto el general Taylor continuaba su ataque sobre el ala izquierda. La accion se habia empeñado por todas partes: la metralla y la bala rasa arrojadas por las baterías norte-americanas barrian todo el bosque, mientras las piezas de á ocho de los mejicanos apenas hacian daño en las tropas invasoras. Taylor daba órdenes acertadas que eran inmediatamente ejecutadas. La falta de direccion de parte del general Arista, mas que la ventaja de la artillería norte-americana, favorecia en aquellos instantes solemnes á las tropas de los Estados Unidos. Los cañones norte-americanos, situados cada vez mas ventajosamente, sembraban la muerte por todas partes: en medio del estrago que causaban, dos compañías de caballería del ejército de Taylor, avanzaron á toda carrera y cargaron por el camino á la misma Resaca, donde fueron recibidos por el 6.º y el 10.º de infantería mejicana, para apoderarse de sus cañones: los que los defendian lucharon valientemente: el capitan D. Dolores Ramirez que mandaba una de ellas, rehusó rendirse, y combatiendo desesperado cayó sin vida al pié de sus cañones. El general D. Rómulo de la Vega, que se hallaba situado en aquel sitio animando á sus soldados, no obedece la orden de retirarse, pierde de un balazo su caballo; se le intima rendicion y no la admite: combate sin tregua á pie firme, hasta que, rodeado al fin de enemigos, se ve hecho prisionero. Dueños los norte-americanos de aquella batería en que casi todos sus defensores habian perdido la vida ó se hallaban heridos, cargaron á la izquierda, cuya fuerza habia quedado reducida al batallon y compañía Guarda-Costas de Tampico. Los soldados mejicanos resistieron

con serenidad el choque: el capitán Arena que había luchado con arrojo indecible, murió como un valiente: el comandante D. Juan Mateos, cayó herido; los soldados se vieron cercados por todas partes; pero el denuedo del primer ayudante D. Manuel Tavera y del capitán D. José Barreiro que se pusieron á la cabeza de ellos, les infundió nuevo aliento, y lograron abrirse paso, recibiendo el segundo tres heridas que le pusieron fuera de combate. Salvadas así aquellas fuerzas, se reunieron con las compañías presidiales que mandaba el coronel Samaniego, emprendiendo en seguida su retirada.

1846. El general D. Mariano Arista, viendo desbordada la izquierda mejicana por los tiradores norteamericanos, que la batían de flanco, y que dos compañías del 4.º, con su teniente coronel, entraban al bosque á contenerlos de órden del segundo en jefe que, en la misma izquierda no se había separado de aquel cuerpo, mandó al general Uraga que, con los restos del 4.º, contuviese á los que huían, ordenó al general Ampudia que marchase con algunas fuerzas á sostener la batalla, y partió él, sin detenerse, á ponerse al frente de la caballería que había permanecido á retaguardia. Ampudia voló á cumplir las órdenes del general en jefe en los momentos en que el batallón Guarda-Costas y compañía veterana que componían la izquierda, se retiraban envueltos con los norteamericanos: entonces los restos del 4.º con los que acudía el general segundo en jefe, y el comandante general de artillería Sr. Requena, rompieron el fuego sobre aquella masa que marchaba de frente, presentándose los rifleros de los invasores por el mismo sitio por donde la otra parte del

cuerpo había entrado al bosque y la caballería norteamericana que había logrado atravesar la Resaca, por el camino de la derecha. El general Ampudia hizo nuevos esfuerzos por contener á los contrarios; pero se vió arrollado por su número, y nada fué capaz de contener ya aquel empuje. Todo el material de guerra cayó en poder de los invasores: la confusión llegó al colmo en las filas mejicanas; y cada grupo y cada soldado se defendía como le era posible para salvarse. Los cuerpos de la derecha, que habían permanecido sin ser acometidos y sin tomar parte en la batalla porque no se les condujo á auxiliar ninguno de los puntos atacados, por no haberlo dispuesto el general en jefe, emprendió su retirada. El general Arista, viéndolo todo perdido y ardiendo en cólera, se puso al frente de la caballería y acometió con denuedo á los norteamericanos que estaban ya encima: Torrejon acometió también con sus lanceros, causando algunos estragos; pero todo fué inútil. Arista se vió obligado á retirarse despues de haber salvado algunos restos de la infantería que huía en dispersion, y la bandera del 4.º regimiento que, con cosa de veinte hombres y sus jefes estaba solamente defendida. Varias veces volvió á cargar con su caballería, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y la retirada se hizo general á eso de las cinco de la tarde.

El general Canales que con sus escuadrones y dos piezas de artillería había estado situado muy á la izquierda, no tomó parte en la acción, y se retiró sin perder un solo hombre, pasando el río con su fuerza, los restos del Guarda-Costas y los de las compañías del 4.º que se le

incorporaron cuando ya iban huyendo. El general en jefe, con la caballería, por Villanueva; los cuerpos que habian ocupado la derecha, y á quienes, como he dicho, tampoco se les condujo al combate, por el Longoreño; el general Ampudia, el general de artillería, y los soldados que conducian la bandera del 4.º con su coronel y comandante, por el Ramireño, y muchos dispersos por la Anacua. El general Torrejon quedó con sus dragones cubriendo la retaguardia, y sirviendo de apoyo á los fugitivos que llegaban en todas direcciones para pasar el rio y ponerse á salvo del enemigo.

1846. Declarada la derrota, la dispersion fué espantosa, y la mayor parte de los dispersos corria hácia las Anacuitas, donde se hallaban las fuerzas mejicanas que se habian quedado hostilizando el atrincheramiento norte-americano situado enfrente de Matamoros. Todos querian ser los primeros en cruzar el rio: todos se atropellaban temiendo el alcance de los invasores, y todos querian entrar á la vez en dos canoas, únicas embarcaciones que habia para pasarlo. La dificultad aumentaba el espanto, y los más temerosos anunciaban que los norteamericanos se acercaban. A esta voz, el terror se difundió, el pánico se apoderó de los que habian llegado huyendo, y queriendo evitar un peligro, se lanzaron á otro, arrojándose centenares al rio, donde murieron ahogados la mayor parte. Los jefes Urriza y Orihuela que estaban en aquel punto al frente de los batallones de Morelia y Puebla que mandaba el general Morlet, se esforzaron en manifestar que nada debian temer; que ellos estaban dispuestos á mantener el avance del enemigo, y al fin logra-

ron calmar el temor, y protegieron el paso de los fugitivos. El ejército mejicano tuvo muchos muertos y cerca de seiscientos heridos, que fueron conducidos á los hospitales de Matamoros en el mas lastimoso estado. En la noche quedó desocupada por las tropas mejicanas toda la orilla izquierda del rio. El general en jefe D. Mariano Arista entró en Matamoros á las diez de la noche con el abatimiento que produce la desgracia. El general Ampudia se hallaba ya en el fortin. Paredes reuniendo los dispersos, y presenciando el paso del rio por los batallones de Puebla y Morelia que, con dos obuses, habian quedado en la Anacuita, en observacion del fortin, y que no emprendieron el paso del rio hasta no haberlo verificado todos los fugitivos. Estos cuerpos que, como he dicho, mandaba el general Morlet, el batallon 1.º activo de Méjico, los defensores de Matamoros, algunos piquetes de los cuerpos con los escuadrones de Canales y la artillería de la plaza, quedaban aun intactos. El dia 10, contaba Matamoros con cuatro mil hombres de línea, sin los heridos que se habian recibido en los hospitales, y que ascendian ya á mas de quinientos, que con los Defensores de Matamoros y con las tropas de Canales, que pasaban de mil, hacian un total de 5,000 hombres. Al siguiente dia de esta batalla, el general Taylor propuso el canje de prisioneros que le fué admitido y se verificó, y envió á Matamoros cerca de ochenta heridos mejicanos que habia recogido en el campo despues de la accion.

La derrota de la Resaca de Guerrero causó terrible indignacion en la oficialidad contra el general Arista: todos atribuian aquella desgracia á la incapacidad del

general en jefe. La ciudad de Matamoros sintió una amargura imponderable al ver entrar al ejército que pocos días antes había salido con la esperanza del triunfo, destrozado y disperso. Las murmuraciones de los jefes, de la oficialidad y hasta de los soldados contra el general Arista, tenían lugar en todas partes: Arista lo sabía; y comprendiendo el error que había cometido, sufría en silencio. Sin embargo, nadie le acusó de cobarde: por el contrario, todo el mundo le vió, al persuadirse del avance de los norte-americanos, arrojarlos sobre ellos varias veces con la caballería, y luchar con temeridad. Sin poder disimular su tristeza, y tratando de hacer desaparecer todo sentimiento de discordia en el ejército, convocó á los generales y jefes el día 10 á una junta: les dijo que nunca como en aquellos momentos de prueba, se necesitaba del olvido de los errores y del lazo íntimo de union; que era preciso ahogar todo sentimiento de discordia, y que no debía existir mas que un solo pensamiento en todos; la salvacion de la patria. «Infundan ustedes estos mismos sentimientos en la oficialidad y en los soldados; adopten en los valientes cuerpos que mandan las medidas que conduzcan á establecer la disciplina y la confianza, y la nacion tendrá en el ejército el sosten de sus libertades, y los invasores la muralla en que al fin se han de estrellar.»

El 11 tuvo noticia el general Arista de que Taylor disponia para el siguiente día el ataque sobre la ciudad. En la plaza habia la fuerza suficiente para combatir; pero juzgó que no era prudente empeñar en una nueva accion á soldados que habian perdido la confianza, y ordenó que los batallones, dejando antes una fuerte guarnicion en la

plaza, saliesen de ésta, y se situasen en un punto próximo á la ciudad. El movimiento se efectuó á media noche, y acamparon á una legua de Matamoros; pero volvieron al siguiente día á la ciudad al saber que el ataque no se efectuaría por entonces. Transcurridos algunos días, y seguro ya Arista de que el general Taylor se preparaba á pasar el rio para atacar á Matamoros, convocó una junta de guerra para que resolviese si se debía defender la plaza. A esta junta asistieron los generales Ampudia, Requena, Morlet, Jáuregui, Torrejon, García, y el coronel Uraga. Respecto á la defensa de la plaza, todos estuvieron unánimes en que era indefendible; pero no así en la manera de abandonarla. Para unos, la ciudad se debía abandonar antes de que el enemigo se dispusiera á atacarla, pues así se alcanzaba sacar, sin precipitacion, todo el material de guerra, las suficientes provisiones de boca y mantener la disciplina en el ejército: para otros, el honor militar exigia hacer un simulacro de defensa, y retirarse bajo los fuegos enemigos, despues de haber disputado el paso del rio. Terminada la junta, se nombró al general Requena para que fuese de comisionado y proponer á Taylor un armisticio de varios días. El general norte-americano se negó á celebrarlo, añadiendo que la plaza sería atacada al siguiente día.

1846. Esta contestacion de Taylor hizo que Arista se resolviera á evacuar inmediatamente á Matamoros. Dada por él la órden de abandonar la plaza, se puso en marcha la caballería á la una de la tarde, y le siguió á las cinco la segunda division, haciendo alto á orillas de Matamoros en el llano conocido con el nombre de Doña

Rita. La escasez de carros, la abundancia de material de guerra y el número considerable de heridos, entorpecía la pronta salida del resto del ejército. Vencidas al fin las principales dificultades, despues de clavar cinco piezas de artillería que era imposible sacar, y de arrojar al rio un número considerable de municiones que no era dable llevar por falta de carros, se emprendió la retirada á las primeras horas de la noche. Marchaba á la cabeza, con la segunda brigada, compuesta de varios cuerpos, el general en jefe D. Mariano Arista; á continuacion iba la artillería; seguian las municiones de guerra en carretas tiradas por bueyes, pues no se pudieron encontrar mulas ni caballos; marchaba luego la primera brigada de infantería, y cubria la retaguardia la principal fuerza de caballería.

Siendo imposible conducir á todos los heridos, como ellos lo deseaban, se quedaron en Matamoros mas de cuatrocientos, abandonados á la generosidad de los invasores. Despues de una marcha lenta por causa de los malos y escasos medios de transporte, el ejército llegó á las dos de la mañana al rancho de la Venada, que dista cuatro leguas de Matamoros, excepto el general Canales que con su fuerza se dirigió hácia las Villas del Norte. La marcha se continuó para el rancho del Madroño, llegando el dia 19 al sitio denominado el Ebanito. Estando en éste, recibió el general en jefe la noticia de que una fuerza de caballería norteamericana, en número de 400 hombres, habia salido de Matamoros para perseguirles en su retirada. El general Arista hizo que hubiese bastante vigilancia para evitar una sorpresa, y se continuó la marcha para el campo de la Nutria, donde se estuvo en espera de los norteamericanos

hasta el dia 21. Al saber allí que la fuerza de caballería invasora habia retrocedido á Matamoros, se continuó la retirada á las cuatro de la tarde. La escasez de agua que en aquellos desiertos habia; el sol abrasador que calcinaba el terreno por donde el ejército marchaba, hacia que los soldados marchasen sedientos y fatigados. Todos dirigian la vista al rededor del camino que llevaban, para ver si descubrian un arroyo ó un pantano donde mitigar su sed devoradora; pero solo alcanzaban á descubrir seca yerba, amarillenta por el sol, y llanuras inmensas cubiertas de polvo. Una hora hacia que el ejército habia dejado la Nutria, cuando empezó á caer uno de esos aguaceros torrentales tan comunes en Méjico en la estacion de las lluvias, que dura desde primeros de Junio hasta principios de Octubre. Los sedientos soldados, llenos de ansiedad, hacian hoyos en la tierra para recoger el agua y saciar su sed. Esta se mitigó; pero el agua que habia servido para satisfacer aquella necesidad imperiosa, puso intransitable el camino, inundándolo casi, formando inmensos lodazales donde se atascaban los soldados y los carros. El ejército, con la ropa mojada, encontrando á cada paso inmensos charcos formados por el agua, desfallecido de fatiga, hambriento y decaido el ánimo, llegó el dia 22 al llano de la Esperanza, donde se le dió descanso y pudo secar su ropa. Pero en aquel punto, lo mismo que en todos los que hasta entonces habian cruzado, no habia víveres suficientes, y fué preciso matar algunos bueyes de los que habian llevado las carretas de las municiones, dejando éstas abandonadas en los bosques por falta de animales, y viéndose precisados en

consecuencia los soldados á llevar á mano las piezas de artillería.

1846. Con estas terribles penalidades siguió aquel sufrido ejército por el campo de Calderon, llegando á la Gruñidora el 23; al Aguaje de Todos Santos el 24; el 25 á la hacienda de la Vaquería, donde se encontraron los recursos que se hacian ya indispensables; el 26 al rancho de la Pomona; á la hacienda de Guadalupe el 27, y entrando el 28 á Linares, punto dispuesto para esperar en él socorros del Gobierno, y donde habia todo lo necesario para atender al soldado. En esta poblacion recibió el general Arista la orden de destitucion, nombrando para que le sucediese en el mando al general D. Francisco Mejía. De esta manera funesta dió principio la campaña abierta contra la injusta invasion norte-americana. La impaciencia y la impericia del general en jefe dió el triunfo á los usurpadores de un rico departamento, y aumentó la ambicion de adquirir nuevos y vastos territorios. La noticia del descalabro sufrido causó una profunda impresion de dolor en todo el país; pero lo que dió creces á ese justo dolor entre la gente honrada, entre los hombres ajenos á la ambicion de puestos públicos, entre los que no tienen mas deseo que el imperio del orden y el engrandecimiento de la patria, lo que aumentó, repito, el hondo sentimiento de ellos, fué ver que, mientras el ejército que se habia batido contra los invasores derramando con profusion su sangre por la mas noble de las causas; mientras aquellos valientes y sufridos soldados hacian una marcha penosa, llena de privaciones y de obstáculos esperando el auxilio de sus compañeros de armas, se operaba en Gua-

dalajara un pronunciamiento contra la administracion del presidente interino Paredes, habiéndole precedido otro efectuado en Mazatlan por el coronel D. Rafael Tellez. El de éste, que se verificó el dia 7 de Mayo, tenia por objeto llamar al general Santa-Anna al poder, como caudillo de un plan en favor del sistema federal; y á fin de no tener contrario, arrojó de la comandancia general de Sinaloa á D. Ignacio Gutierrez, apoderándose de aquel puerto. Dueño absoluto del mando, y sin temor de ser inquietado por el Gobierno, que tenia otras atenciones mas próximas, recibia como amigos los buques de guerra norte-americanos que marchaban al puerto, cuando estaban hostilizados y bloqueados todos los demás puertos, particularmente los del golfo, y sin que ni la ocupacion de la Alta California por los invasores, ni los sucesos recientes en las márgenes del Bravo sirviesen de inconveniente á sus negocios. El pronunciamiento de Guadalajara, ciudad de grande importancia, reconocia en su tondo la misma idea que la del coronel Tellez, y se efectuó trece dias despues. Con efecto; el 20 de Mayo, en los momentos mas amargos para el país, cuando mas necesaria se hacia la union de todos los partidos y el olvido de las rencillas políticas para vengar las derrotas recientes, la guarnicion de Guadalajara se rebeló contra el Gobierno, protestando contra la «Convocatoria expedida por el *denominado presidente interino y sus ministros*, como eminentemente atentatoria á la soberanía de la nacion, y decretada con el objeto visible de hacerla aparecer *como invocando la monarquía, con un principe extranjero que la gobierne*». El que se puso al frente de esta rebelion fué

el coronel D. José María Yañez. En el plan que lo firmaban él, dos tenientes coroneles, un comandante, varios oficiales y un ciudadano por cada uno de los nueve cuarteles en que la ciudad estaba dividida y que, según ellos decían, se hallaban investidos con poderes del pueblo, que nunca pensó darles, se convocaba un Congreso constituyente; se declaraba traidor á todo aquel que no estuviere de acuerdo con el sistema republicano y con los principios políticos de ellos, y se proclamaba al general Santa-Anna, á quien dos años antes se trató de cubrirle de ignominia, «caudillo en la gloriosa empresa á que se contraía el plan.» El Gobierno temió que la revolucion de Guadalajara fuese secundada en otros puntos, y muy particularmente en la capital, y redobló su vigilancia para evitarlo.

1846. La gente pensadora veía con tristeza prepararse una nueva guerra civil, contribuyendo con la desunion de los partidos á los avances de los invasores; pero no por esto, ni por los reveses sufridos en Palo Alto y la Resaca, desmayó en la nacion el noble ardimiento del patriotismo. Con el deseo de que el pabellon mejicano volviese á brillar con el esplendor de la victoria, las desgracias sufridas en la lucha con los norte-americanos, en vez de abatir el espíritu público, lo reanimó vivamente, y todos los departamentos estallaron en demostraciones del mas acendrado patriotismo, aprestándose para hacer una guerra sin tregua. Por todas partes se formaban batallones de voluntarios dispuestos al combate, sin cuidarse del pronunciamiento de Guadalajara, que para los buenos mejicanos era secundario. Ofendidos siempre y nunca agre-

sores, se encontraban los mejicanos fortalecidos por el sagrado derecho de su causa, y exaltados en la mas delicada fibra del patriotismo, por el insultante menosprecio con que el Gobierno de Washington habia escuchado las justas observaciones del de Méjico. Por eso la nacion que tenia miras mas elevadas y nobles que los ambiciosos revolucionarios, la guerra que los Estados Unidos llevaban al país vecino, la juzgaron los mejicanos como un acto vandálico, y la Europa como una usurpacion de la fuerza. Los mentidos discípulos de Washington y de Franklin, violando la fé de espontáneos y vigentes tratados, y despreciando los mas sagrados derechos de una nacion amiga, dió al mundo el programa de su ambicion y de la inicua política que ha ido observando mas tarde con todos los países que tienen ricas colonias en América. El irregular procedimiento con que se llevó á efecto la incorporacion decretada de Tejas, vulnerando los respetos y amenazando la independenciam de Méjico, fué una amenaza para las posesiones europeas en el Nuevo Mundo y una señal de pronta alarma para los mejicanos. Los Estados Unidos acababan de arrojar la careta hipócrita de neutralidad, de amistad y de buena armonía con que hasta entonces se habian encubierto, y patentizaban al mundo, que vinculaban en la fuerza de las armas, el derecho, la justicia y la razon de las naciones.

Méjico entero se aprestaba á la guerra y esperaba con impaciencia la reunion del Congreso extraordinario para conocer la política del Gobierno, á quien se acusaba de monarquista. El 6 de Junio se verificó la deseada reunion de los representantes del país, que en aquel mismo dia